

DE LA ACLAMADA AUTORA DE LA TRILOGÍA *UNA VIDA OCULTA*

SALLY GREEN



LOS REINOS EN LLAMAS

GRANTRAVESÍA

SALLY GREEN

LOS
REINOS
EN
GLAMAS

Traducción de
Juan Fernando Merino

GRANTRAVESÍA

LOS REINOS EN LLAMAS

Título original: *The Burning Kingdoms*

Texto © 2020, Half Bad Books Ltd.

Publicado originalmente en inglés por Penguin Books Ltd., London

Traducción: Juan Fernando Merino

Mapa e ilustraciones de capítulos: Alexis Snell

Diseño de portada: Mike Heath

Fotografía de la autora: Mark Allen

D.R. © 2021, Editorial Océano, S.L.

Milanesat 21-23, Edificio Océano

08017 Barcelona, España

www.oceano.com

www.grantravesia.es

D.R. © 2021, Editorial Océano de México, S.A. de C.V.

Guillermo Barroso 17-5, Col. Industrial Las Armas

Tlalnepantla de Baz, 54080, Estado de México

www.oceano.mx

www.grantravesia.com

Primera edición: 2021

ISBN: 78-84-122940-3-3

Depósito legal: B 6948-2021

Todos los derechos reservados. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita del editor, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

IMPRESO EN ESPAÑA / PRINTED IN SPAIN

9005430010421

*Para Anna, Hannah, Indy,
Jack, Joy, Lily,
Lucy, William y Zoe*





«La guerra no es un juego de pobres».

La guerra: El arte de vencer, M. Thatcher

«¿El arte de la guerra? Tonterías.

La guerra no es arte, sino una serie de errores».

Reina Valeria de Illast





BRIGANTIL WESTE NORTE

• PRAVONT

HERDEME

ROSSARB

• BOLLYN

• CAMPO DE HALCONES

EJÉRCITO
BRIGANT

ANANAN
ANANAN
ANANAN

EJÉRCITO
PITORIA

ANANAN
ANANAN
ANANAN

• DONNAFON

BAHIA
DE
ROSSARB

PITORIA

PORMAN

HAVERSHAW





HAROLD

CAMPO DE HALCONES, NORTE DE PITORIA

*Una joven está sentada, inmóvil y silenciosa,
aguardando las órdenes del príncipe,
ella es serena, dócil y preciosa.*

Canción tradicional de Brigant

Era una tarde gloriosamente cálida y soleada, y el joven príncipe Harold vagaba por el borde del bosque tarareando para sí, tratando de inventar más versos para una antigua canción.

*La princesa aguarda, astuta y silenciosa,
lista para llevar a cabo un homicidio.
Ella es desafiante, asesina y preciosa.*

*El príncipe Boris vigoroso y veloz cabalga.
Su corazón atravesado por una lanza
al fin muerto.*

*Harold avanza a encontrar su futuro,
noble y atrevido,
con el mundo a sus pies tendido.*

Harold se detuvo y se puso el puño de la mano derecha a la altura del corazón, de la misma forma en que lo haría en la corte cuando se reconociera su nueva posición como heredero al trono de Brigant.

Con el mundo a sus pies tendido...

La antigua canción era sobre una joven pura que soñaba con que un joven le diera sentido a su vida. Boris a menudo la cantaba cuando bebía.

—Bueno, hermano, ciertamente nuestra hermana le ha dado más sentido a *mi* vida.

El rojo brillante de una diminuta fresa silvestre que crecía muy cerca de la tierra llamó la atención de Harold, quien arrancó el delicado fruto. Estaba deliciosamente dulce y buscó más; recogió las más maduras y pisoteó el resto. Avanzó hacia donde el sol daba pleno, fuera del bosque, y se lamió el zumo que le resbalaba por los dedos. Frente a él, el humo gris todavía persistía en el campo de batalla, sin lograr ocultar del todo los detritos de la guerra: cadáveres, caballos heridos y armas; lanzas clavadas en ángulos extraños, perforando la tierra quemada. Harold echó la cabeza atrás mientras cerraba los ojos, recibiendo el sol en el rostro, sintiéndose verdaderamente feliz.

—¡Qué! ¡Bonito! ¡Día!

Las palabras que acababa de gritar parecieron pender y vibrar en el aire inmóvil.

—Qué día tan glorioso —gritó de nuevo. Estaba asombrado, de todo: de su posición, de cómo se había materializado y de lo bien que se encontraba.

Pero nadie respondió. Todo estaba en silencio, salvo por algunos chillidos lejanos: tal vez un hombre o un caballo malherido, aunque no parecía un ruido que pudiera provenir de ninguno de los dos.

En medio del campo de batalla había dos carros quemados: uno, el que había transportado a la hermana de Harold, la princesa Catherine; el otro, al príncipe Tzsayn. Las mulas que habían tirado de los carros también yacían allí, en posiciones contorsionadas, todavía enganchadas a los restos, una de ellas con la cabeza atrás y la crin titilando con pequeñas llamas, y la otra con una pata apuntando hacia el cielo. Harold había inspeccionado los carros junto con su padre y Boris cuando habían sido contruidos. En aquel entonces, habían tenido un aspecto bastante impresionante, pero ahora, como todo lo demás, parecían pequeños e insignificantes.

A través del campo, algunos soldados de Pitoria emergieron de entre el humo, caminando lentamente, con la cabeza baja, quizá buscando heridos. Uno de ellos miró intensamente a Harold.

Harold le devolvió la mirada. ¿Lo desafiaría este hombre?

No. La atención del hombre había vuelto ya al suelo mientras continuaba su lento avance junto con los otros soldados. Quizás habían pensado que Harold era uno de ellos, o tal vez ya estaban hartos de luchar. Pero en la mente de Harold aún persistía aquella inquietud de que tal vez lo vieran sólo como un chico de catorce años: no un soldado, ni una amenaza.

Ya verían. Muy pronto todos se enterarían.

Harold estaba sorprendido de cuán buenos combatientes eran los soldados de Pitoria; habían ganado esta batalla con facilidad y pocas bajas. Había escuchado mientras su padre y su hermano planeaban el ataque de Brigant. Había intentado hacer una pregunta y Boris le había dicho, como de costumbre, «deja de interrumpir», por lo que Harold se había sentado en silencio y empezado a planear cómo contrarrestar las

tácticas simples del uso de la fuerza máxima que aplicaba su padre.

Lord Farrow, general de Pitoria, obviamente había considerado sus opciones. El padre de Harold había juzgado de forma completamente errónea a su enemigo, y había supuesto que Farrow, al no tener experiencia real en combate, sería fácil de derrotar. Harold había visto sólo por un instante a Farrow, durante las negociaciones para el rescate del príncipe Tzsayn. El Señor era vanidoso y codicioso, pero para Harold resultaba obvio que no era ni estúpido ni perezoso. Farrow había preparado el campo de batalla surcándolo con zanjas llenas de brea. Haberle prendido fuego al lugar —y a sus enemigos— había sido una forma sencilla para que Pitoria se deshiciera de sus oponentes. Es cierto que no se trataba de una verdadera victoria en realidad, puesto que la gente de Brigant había logrado retirarse, pero la cuestión era que los soldados de Pitoria habían controlado la situación. Una vez más, el rey Aloysius había subestimado a su oponente, tal como en la última guerra había subestimado a su hermano, el príncipe Thelonus, y una vez más se había arriesgado a ser visto como un tonto. Y Boris tampoco era mejor.

Tampoco había sido mejor.

Una sonrisa se asomó a la comisura de los labios de Harold.

—Mi padre ha subestimado a Pitoria y tú, queridísimo hermano, has subestimado a nuestra maravillosa hermana.

Harold había visto a Boris y Lang hablar con Catherine cuando ella estaba encadenada al carro durante el fallido intercambio de prisioneros. Incluso encadenada, Catherine tenía un aspecto impresionante con ese vestido de seda blanca debajo de su bruñida armadura. Sin duda, Boris la había insultado, pero Lang había tocado la coraza de Catherine, jus-

to encima de su pecho. Boris no debería haberlo permitido; Lang era un patán, un don nadie, y Catherine una princesa. Pero Lang ya estaba muerto. Y Boris también. Harold había tenido una visión perfecta de los momentos finales de Boris: la lanza volando desde la mano de Catherine, la fugaz mirada de sorpresa y de confusión en el rostro de su hermano. Harold casi había reído casi a carcajadas con esta imagen. Y luego vendría el deleite de ver a Boris caer, herido de muerte.

Y eso había sido lo único que se había requerido para elevar a Harold a legítimo heredero.

—Gracias, hermana —Harold sonrió mientras miraba hacia el campamento de Pitoria, de donde Catherine había escapado. Harold siempre la había querido más que a su hermano. La joven era ingeniosa y astuta. Pero era evidente que debía haber inhalado algo de humo para conseguir semejante lanzamiento.

Harold mismo había inhalado por primera vez el humo de demonio púrpura sólo unos días antes. Había estado bastante nervioso. Su padre despreciaba cualquier cosa que «pervirtiera» la naturaleza, incluso el vino y la cerveza, y Boris le había advertido contra esta práctica, diciendo: «Esto va a aturdirte la mente. Y seamos sinceros, en el mejor de los casos, tu mente no es normal».

Harold era muy consciente de que su mente no era como la de la gente común. Pero ¿quién quería una mente normal y quién quería hacer lo que Boris había ordenado? Y en el campamento de Brigant había un buen número de jóvenes en posesión de humo de demonio que habían estado más que encantados de compartirlo con el hijo del rey.

Harold había inhalado una cantidad mínima, pero de inmediato había sabido que su antigua vida había terminado. El

humor lo había transformado. Harold era pequeño y delgado: tenía más la constitución de su madre que la de su padre, para su decepción. Pero con el humor era incluso más rápido y más fuerte que los mejores hombres del ejército. Éste era el motivo por el que Boris no había querido que Harold obtuviera humor: tenía miedo de que fuera más fuerte que él. Pero ahora no importaba. Boris estaba muerto y Harold podía hacer lo que le viniera en gana.

—Y lo haré mejor de lo que lo hiciste tú, hermano —murmuró—. Antes de cumplir los quince tendré mi propia tropa.

Boris no había recibido la suya hasta cumplir los quince años.

Harold sabía exactamente qué tropa quería y, desde luego, no incluía a los patanes de Boris. Harold quería las brigadas de chicos. Los había visto entrenar, había visto cómo el humor de demonio los había transformado de chicos en...

—Oye, tú.

Era uno de los cabezas azules de Pitoria que había estado buscando entre los heridos. No estaba solo, pero los otros estaban mucho más atrás.

Harold sonrió y saludó.

—Hola.

—¿Qué estás haciendo?

Harold respondió con su mejor acento de Pitoria:

—Admirando la vista —el hombre se acercó y Harold pudo ver que la cara debajo del pelo azul era inusualmente fea, con labios gruesos y una frente ancha y poco profunda—. Y tú lo estás estropeando.

—Eres de Brigant, ¿verdad, muchacho? No deberías estar aquí. Deberías irte.

—Así es, soy de Brigant. He aquí a Harold Godolphin Reid Marcus Melsor, segundo hijo de Aloysius de Brigant, futuro rey de Brigant, Pitoria, Calidor y cualquier otro lugar que me apetezca, y estoy de un humor excepcionalmente bueno, a pesar de que estoy viendo al hombre más feo de Pitoria. Me iré cuando bien me plazca. Y ésta... —Harold desenvainó su espada— es la razón.

Al decir esto, corrió hacia el soldado. Realizó una voltereta, balanceando su espada mientras giraba en el aire, sintiendo la fuerza del humo y su espada tan ligera y fácil de manipular como una pluma. Se sentía como en una danza y Harold quiso reír otra vez mientras su espada cortaba limpiamente la pierna del soldado, justo por encima de la rodilla. Harold aterrizó con firmeza con ambos pies mientras el hombre caía al suelo sobre su espalda, mirando al cielo, abriendo y cerrando en silencio su boca de labios gruesos, como un atún jadeando sin encontrar agua. Los otros dos soldados de Pitoria gritaron alarmados y corrieron en dirección a su compañero, desenvainando sus espadas. Para Harold, todo parecía moverse lentamente, sonrió y extendió los brazos, preguntándose si lo atacarían, pero ellos se detuvieron, mirando nerviosos a su alrededor.

Harold gritó:

—Estabais buscando hombres heridos, ¿no es cierto? Bueno, ahora habéis encontrado a uno. Deberíais ayudarle. Se desangrará si no actuáis rápido.

Uno de ellos se adelantó y se arrodilló junto al hombre con boca de pez jadeante.

—¿Por qué has hecho eso cuando la batalla ya ha terminado? —preguntó el otro.

¡Qué preguntas tan sosas! Harold apenas se molestó en responder.

—Para demostraros de lo que soy capaz. Y ahora que tengo vuestra atención, llevad este mensaje a mi hermana, la princesa Catherine: decidle que Tzsayn y Farrow han ganado en esta ocasión, pero no lo harán de nuevo. La próxima vez, mi ejército de infantes os cortará a todos las piernas a la altura de las rodillas.

Y diciendo esto, Harold corrió hacia los árboles tan rápido como el viento. Los soldados ni siquiera intentaron perseguirlo; se arrodillaron junto a su compañero herido. Y por encima de los campos humeantes, por encima del río y de los campamentos del ejército contrario, por encima de todo ello, las nubes comenzaron a agruparse y, al final de aquella primera tarde del verano, empezó a llover.



CATHERINE

CAMPAMENTO REAL, NORTE DE PITORIA

*La guerra no termina para los vivos; sólo halla su fin
entre los muertos.*

Proverbio de Pitoria

Un breve grito rompió el silencio de la noche. En su cama, la reina se dio la vuelta, todavía medio dormida. Cada noche estaba llena de extraños sonidos y alaridos que provenían de las bocas jadeantes de hombres y demonios.

Era sólo un sueño...

Podía lidiar con sus sueños, pues se disolvían inofensivamente con el día, pero rara vez la despertaban.

Tal vez ha sido el aullido de un zorro...

Aunque en el campamento no había zorros.

O un soldado gritándole a un compañero...

Quizás había sido justo eso.

Catherine abrió los ojos.

La tela de su tienda de campaña colgaba flácida en la penumbra que se cernía. Las lluvias que habían caído durante más de una semana por fin habían cesado, dejando charcos en las esquinas de las carpas reales y una humedad que per-

sistía en el aire. Manchas de moho negro habían brotado con rapidez en todo lo que había en su tienda: las divisiones de lana, las cortinas de seda, incluso las sábanas se estaban convirtiendo en mortajas negras.

Fuera, se aproximaba la luz de una farola, lanzando vacilantes y encorvadas sombras junto a voces apagadas.

Savage y sus ayudantes.

Otro aullido de dolor y Catherine se levantó y salió de la cama. Se colgaba la capa en el momento en que Tanya entró corriendo. Aunque la doncella de Catherine no pronunció una sola palabra, su rostro lo decía todo: la condición del rey Tzsayn empeoraba.

Catherine se abrió paso a través de las particiones de doble cortina que dividían la tienda real, separando sus «habitaciones» de las del rey. El general Davyon ya estaba allí, a horcadas sobre la cama, sosteniendo a Tzsayn, que forcejeaba con él. Los ojos del rey se fijaron en ese momento en Catherine y gritó su nombre. Catherine corrió hacia él, sabiendo que un momento de retraso acrecentaría su pánico. La joven cogió la mano de Tzsayn y la sostuvo con firmeza.

—Ya, ya —dijo en voz baja—. Soy yo.

—¿Eres real? ¿Estás aquí? —la miró fijamente, como si aún no estuviera seguro de quién era.

—Sí, soy real. Estoy aquí.

—Pero si ellos se te llevaron. Los de Brigant. Pensaba que te había perdido.

—No. Escapé... en el campo de batalla. Lo recuerdas, ¿verdad?

Tzsayn la miró con lágrimas en los ojos y sacudió la cabeza, intentando evitar que le resbalaran por el rostro.

—Pensaba que se te habían llevado. Pensaba... ese hombre.

Ese hombre, decía todas las veces. Se refería a Noyes, Catherine estaba segura, aunque él nunca había dicho su nombre. Él había sido el torturador de Tzsayn y sus hombres, y ahora asediaba la mente del rey.

—Ha sido un sueño, un mal sueño. Tienes fiebre, cariño. Por favor, tumbate. Yo estoy a salvo. Pero también quiero que tú lo estés.

Catherine se sentó junto a la cama sosteniendo la mano de Tzsayn mientras el doctor Savage servía una taza de medicina lechosa; en el momento en que la extendió a los labios de su paciente, Tzsayn apartó la taza.

—Basta de eso. Dejadme tranquilo, maldita sea.

Davyon simplemente sacudió la cabeza y los asistentes del médico sostuvieron los hombros de Tzsayn mientras Savage vertía la medicina en la garganta del rey, quien escupió y renegó, pero al final volvió a caer sobre la almohada, todavía cogido a la mano de Catherine.

Cuando el rey estuvo otra vez tranquilo, Savage retiró las sábanas para revisar su pierna herida. Cada vez que lo hacía, Catherine solía enfocar su atención en el lado bueno del rostro de Tzsayn —su delicado pómulos, su ceja arqueada—, pero esta vez se obligó a mirar abajo mientras Savage desenrollaba las vendas.

Un vistazo fue lo único que pudo soportar. Debajo de la rodilla, la pierna de Tzsayn era un pedazo de carne sanguinolenta repleta de pus, con el pie hinchado como una calabaza.

Se volvió hacia Savage y Davyon.

—¿Qué le está pasando? ¡Se está poniendo peor!

Savage sacudió la cabeza.

—Las quemaduras de la infancia ocasionan que las nuevas tarden más en curarse.

Inmediatamente después de la batalla en el Campo de Halcones, Tzsayn parecía recuperarse, pero después de sólo dos días, una infección le había hinchado la pierna y el delirio abrumaba su mente. Catherine se había recuperado con rapidez de su propio calvario antes y durante la batalla. Tenía una cicatriz profunda en la mano, producto del pincho de metal que la había mantenido encadenada, pero el humo de demonio que había inhalado la había curado al instante.

Si funcionara con Tzsayn, pensó. Pero él era demasiado mayor para que el humo púrpura tuviera algún efecto útil.

Catherine había quedado con algunas cicatrices físicas, pero pocas mentales. Había asimilado las consecuencias de sus acciones: había dado muerte a su propio hermano. No estaba orgullosa de eso, pero tampoco arrepentida. Había sido un hecho, algo que necesitaba hacerse. Los hombres mataban constantemente, sin pensar mucho al respecto, pero Catherine había examinado sus acciones con la lógica propia de un juez, y no tenía duda de que había hecho lo correcto.

Boris era malvado y su padre lo había hecho así. Era probable que el mismo padre de Aloysius lo hubiera obligado también a ser de esa forma, y no hay duda de que a su vez el padre de él podría ser culpado, y el padre de su padre y así ascendentemente, a lo largo del linaje real. Pero la podredumbre tenía que parar. Y si los hombres no podían, o no lo hacían, Catherine lo haría por su cuenta. Había comenzado matando a Boris, pero tenía que hacer más. Ésta era ahora su certeza. Haría cuanto estuviera a su alcance para evitar que su padre causara más muerte, destrucción y miseria. Ésta era su gran ambición y no la agobiaba; por el contrario, la impulsaba a seguir adelante.

Y «seguir adelante» significaba actuar: no, significaba *ser* una reina, la reina Catherine de Pitoria. Había mentido acerca de estar casada con Tzsayn mientras él era prisionero de Aloysius, pero había continuado con la mentira cuando él había sido liberado. Lo mismo habían hecho Davyon, Tanya e incluso Ambrose, así que ahora, a todos los efectos, ella *era* la reina, con todas las responsabilidades que esto conllevaba.

Por fortuna, los involucrados en el traicionero plan de entregar a Catherine a su padre a cambio de Tzsayn habían sido castigados con prontitud. Lord Farrow, así como sus generales y partidarios, habían sido arrestados y encarcelados de inmediato tras la batalla. En el par de días que Tzsayn había estado lúcido, había dejado en claro que lord Farrow sería juzgado por traición, y pocos dudaban de que sería hallado culpable y ejecutado.

Pero luego la fiebre de Tzsayn se había agravado y la responsabilidad de dirigir el ejército, y el reino, había recaído en la reina. Estas responsabilidades —algunas pequeñas, otras enormes— ocupaban por completo la mente de Catherine. Debía tomar decisiones sobre el ejército, la armada naval, la comida, los caballos, las armas y el dinero.

El dinero...

La mayor parte de la riqueza de Pitoria se había esfumado en el pago del rescate de Tzsayn y estaba ahora en manos de Brigant. La gente ya pagaba impuestos al límite. El dinero —o su carencia— era una seria amenaza, así como la guerra.

Muy poco dinero y demasiado conflicto.

Catherine acarició la frente de Tzsayn. Ahora estaba dormido y parecía en paz, pero Catherine sabía que ella ya no dormiría más. Podría inhalar un poco de humo de demonio, que tenía la maravillosa habilidad de relajarla y hacerla más fuerte, pero Tanya también estaba despierta y se enfadaría si

viera a su señora haciéndolo. Ser una reina, había descubierto, significaba aún menos privacidad que ser una princesa. La idea de tener tiempo para sí, sin ser observada, parecía un lujo inimaginable. Se dirigió al exterior, seguida por Tanya. Davyon, de aspecto sombrío como siempre, estaba allí, mirando al horizonte. El cielo estaba despejado y comenzaba a clarear en el este.

—Al menos la lluvia ha amainado —dijo Catherine.

—Sí —respondió Davyon.

Catherine pensó en los montones de papeles que tenía sobre su escritorio. Todavía no estaba lista para enfrentarse a ellos.

—Quiero dar una caminata.

—Por supuesto, Su Alteza. ¿Dentro del complejo real? O...

—No, una verdadera caminata, al aire libre, entre los árboles.

En el pasado, Catherine habría cabalgado felizmente con Ambrose como único guardia, y ahora le encantaría hacer eso. Pero lo que quería y lo que podía hacer eran cosas muy diferentes. Lo último que necesitaba era reavivar los rumores sobre su relación con su guardaespaldas y, además, Ambrose todavía se estaba recuperando de las heridas recibidas en batalla. Al pensar en eso, Catherine se sintió culpable. Muchos de sus soldados habían resultado heridos; debería mostrar su apoyo.

—Voy a recorrer el campamento. Me gustaría ver a mis soldados.

Davyon frunció el ceño.

—Necesitaré que parte de la Guardia Real la acompañe.

—¿En mi propio campamento?

—Usted es la reina. Puede haber asesinos —murmuró Tanya en voz alta, como sólo ella podía hacerlo—. Y en caso de que lo haya olvidado, hay un ejército hostil al otro lado de esa colina.

—Muy bien —dijo Catherine—. Convoca a la Guardia Real. Davyon se inclinó.

—Yo también la acompañaré, Su Alteza.

—¿Necesitará su armadura, Su Alteza? —preguntó Tanya.

—¿Por qué no? —suspiró Catherine—. Estoy segura de que la protección adicional complacerá a Davyon. Vamos a deslumbrarlos.

Aunque no se sentía en absoluto deslumbrante.

Mientras el sol ascendía sobre el campamento, Catherine, con un traje blanco bajo su brillante armadura, el pelo trenzado alrededor de la corona y suelto sobre la espalda, salió con Davyon (con una sonrisa rígida en el rostro), Tanya (los ojos cansados, un traje azul y una chaqueta blanca que Catherine no había visto antes) y diez hombres de la Guardia Real, todos con el pelo teñido de blanco.

Catherine sintió que mejoraba su estado de ánimo en el momento de saludar a los guardias por su nombre y se detuvo a preguntar a uno de ellos:

—¿Cómo sigue su hermano, Gaspar?

—Mejorando, Su Alteza. Gracias por enviar al médico.

—Me alegra que haya sido de ayuda.

Catherine no había puesto un pie fuera del recinto protegido desde la batalla del Campo de Halcones. Había estado en reuniones, cuidando a Tzsayn o durmiendo. Ahora, mientras daba unos pasos afuera de las altas paredes de las tiendas reales, vio al ejército de Pitoria. Su ejército.

El campamento se extendía hasta donde Catherine alcanzaba a divisar y, aunque no se había movido de sitio desde la batalla, estaba por completo irreconocible. Siempre había sido un poco caótico, con tantas tiendas de campaña, caballos y personas, incluso pollos y cabras, pero se había instalado en agradables y extensos pastizales. Siete días de lluvia y miles de botas pisoteando el suelo lo habían cambiado todo. Ya no quedaban rastros de hierba, sólo se veía el barro espeso intercalado con charcos de agua marrón, sobre los cuales nubes de diminutas moscas colgaban como humo a la luz de la mañana.

—Mosquitos —se quejó Tanya, golpeándose el cuello—. Ayer me picaron por todo el brazo.

Davyon eligió una ruta por el campamento que estuviera lo más seca posible, pero mientras se movían entre las tiendas percibieron algo más suspendido en el aire, además de los mosquitos: un olor —no, un *hedor*— de restos humanos y animales.

Catherine se cubrió el rostro con la mano.

—Este aroma es bastante abrumador.

—He estado en granjas con aromas más dulces —dijo Tanya.

Un poco más adelante, algunas de las tiendas estaban completamente anegadas. Los soldados caminaban con barro hasta los tobillos y nubes de mosquitos a su alrededor.

—¿Por qué no han trasladado sus tiendas? —preguntó Catherine a Davyon.

—Son los hombres del rey. Necesitan estar cerca del rey.

—Necesitan estar secos.

—No esperábamos que las lluvias duraran tanto, pero los hombres son resistentes. Es sólo agua, y como Su Alteza dijo, las lluvias parecen haber terminado.

Catherine salpicó de barro al pasar a un grupo de soldados en una pequeña isla de tierra relativamente seca. Los hombres saludaron y sonrieron.

—¿Cómo se las arreglan con la lluvia? —preguntó.

—Podemos con cualquier cosa, Su Alteza.

—Ya puedo sentir que mis botas están empapadas y sólo he estado aquí un momento. ¿No tienen los pies mojados?

—Sólo un poco, Su Alteza —admitió uno.

Pero otro hombre más osado agregó:

—Empapados, y así llevo varios días. Mis botas están podridas, los pies de Josh se han vuelto negros y Aryn tiene fiebre roja, por lo cual es posible que no lo volvamos a ver.

Catherine se volvió hacia Davyon.

—¿Fiebre roja?

Davyon hizo una mueca.

—Es una enfermedad. Los médicos están haciendo lo que pueden.

Catherine agradeció a los hombres por su honestidad y partió de nuevo. Cuando estuvieron fuera del alcance del oído de los soldados, le susurró a Davyon:

—¿Hay hombres muriendo de fiebre? General, esto no es lo que esperaba de usted. ¿Cuántos han enfermado?

Davyon rara vez mostraba sus emociones y su voz ahora reflejaba más cansancio que irritación.

—Un hombre de cada diez muestra síntomas. No quería molestarla con eso.

Catherine estuvo a punto de maldecir.

—¡Son mis hombres, mis soldados! —dijo—. Yo quiero saber cómo están. Usted debería haberme informado. Debería haber trasladado el campamento. Hágalo hoy, general. No podemos asumir que las lluvias no volverán. E, incluso

si así fuera, este lugar ya es un lodazal, lleno de moscas y suciedad.

Davyon se inclinó.

—En cuanto Su Alteza regrese sana y salva al complejo real comenzaré el proceso...

—Comenzará el proceso *ahora*. Tengo diez guardias conmigo, Davyon, no necesito que usted también venga. Y me parece que ahora tengo más probabilidad de morir ahogada o de fiebre que por la flecha de un asesino.

Los labios de Davyon permanecieron apretados cuando volvió a inclinarse y se marchó sin decir palabra. Catherine continuó su recorrido, deteniéndose puntualmente para hablar tanto con sus hombres cabezas blancas como con los cabezas azules de Tzsayn. La mayoría parecía feliz de verla y todos preguntaron por su rey.

—Sabíamos que lograría escapar de Brigant. Si alguien podía hacerlo, era él.

Catherine sonrió y dijo lo orgulloso que estaba Tzsayn de sus hombres por su lealtad y coraje. Era evidente que ninguno sabía que Tzsayn estaba enfermo y quizá sería mejor mantener así las cosas.

La joven se detuvo en el extremo norte del campamento desde donde podía ver el Campo de Halcones. También estaba irreconocible, al igual que el lugar donde los soldados de Pitoria habían luchado y vencido a los de Brigant. El río se había desbordado y lo había inundado todo. Lo único distintivo que quedaba era un poste de madera torcido que se asomaba en ángulo desde el agua marrón: los restos del carro al cual había sido encadenada y que, de alguna manera, había sobrevivido tanto al fuego como a la inundación. En la orilla lejana, donde las tropas de su padre se habían reunido, no quedaba más

que hierba. En los días posteriores a la batalla, los soldados de Brigant se habían replegado hasta las afueras de Rossarb, a medio día de viaje hacia el norte. Nadie sabía cuándo atacarían de nuevo o si lo harían, pero mientras su padre tomaba una decisión, no había sido tan insensato para quedarse más tiempo en un pantano.

Mientras Catherine examinaba el suelo, sintió una presión en el estómago. En los mapas mostrados durante las reuniones de guerra, todo parecía de alguna manera remoto, pero aquí el verdadero alcance de su difícil situación era incómodamente real.

Incluso si Catherine había escapado de sus garras, Aloysius había conseguido casi todo lo que quería con su invasión: oro del rescate de Tzsayn para financiar su ejército y el acceso al humo de demonio en la Meseta Norte. Su ejército se había retirado, pero no había sido derrotado, mientras que los hombres de Catherine estaban hundidos hasta las rodillas en el barro, asolados por la fiebre.

Apretó la mandíbula. Deseó que Tzsayn pudiera ayudarla, pero por ahora tendría que arreglárselas por su cuenta.



AMBROSE

CAMPAMENTO REAL,
NORTE DE PITORIA

La enfermería estaba fresca a la luz de la mañana. El coro de la madrugada, compuesto de gemidos, toses y ronquidos, había dado paso a conversaciones tranquilas salpicadas con maldiciones y débiles gritos de ayuda. Ambrose yacía de lado en su desvencijada cama mirando hacia la puerta, deseando que la próxima persona que entrara fuera Catherine. Ella le sonreiría mientras se acercaba, caminando rápidamente y dejando a sus doncellas muy atrás, como solía hacer cuando lo veía en el patio del establo del castillo de Brigant. Ella le daría la mano y él se inclinaría para besar la de ella. Él rozaría con los labios la piel de Catherine, respirando sobre su mano, inhalando su olor.

El hombre detrás de Ambrose tosió ruidosamente, luego escupió.

Ambrose llevaba ahí una semana. Al principio había estado seguro de que Catherine lo visitaría, pero cada vez tenía menos esperanzas. Había pensado en ella todos los días, recordando los días que había pasado a su lado, desde aquellos primeros en Brigant, cuando cabalgaba junto a la joven por la playa, hasta aquellos gloriosos días en Donnafon, cuando

la había sostenido en sus brazos, acariciado su suave piel, besado sus manos, sus dedos, sus labios.

El bramido de dolor de un hombre llegó desde el otro extremo del recinto.

¿Pero en qué estaba pensando? Catherine no debía ir allí. El lugar estaba lleno de miseria y enfermedad. Él tenía que salir y buscarla. Pero para hacer eso, tendría que caminar. Había sido herido en el hombro y la pierna en la batalla de Campo de Halcones. Algunos soldados se curaban de peores heridas que las suyas, mientras que otros hombres se daban por vencidos y morían de heridas menos graves. Hubo un momento, después de la batalla, en el que había pensado que no podría continuar, pero esa desesperación lo había abandonado y ahora sabía que nunca se rendiría. Lucharía por Catherine y por él.

Ambrose se sentó en su cama y comenzó sus ejercicios, doblando y estirando lentamente el brazo derecho como el médico le había indicado. Pasó al siguiente ejercicio: hacer círculos con el hombro vendado. Esto era más doloroso y tenía que hacerlo muy despacio.

La batalla de Campo de Halcones había sido ganada, pero la guerra estaba lejos de acabar. Y en cuanto a la participación de Ambrose en combate... bueno, él había intentado salvar a Catherine, pero sólo había logrado dar muerte a Lang. Habría querido enfrentarse a Boris, pero un grupo de soldados de Brigant había dominado a Ambrose, y había sido Catherine, vigorizada por el humo de demonio, quien había arrojado una lanza directamente al pecho de Boris. Ella había salvado a Ambrose y dado muerte a su propio hermano. *¿Cómo se sentiría? ¿Matar a tu propio hermano?* Para Ambrose era algo imposible de imaginar; su propio hermano, Tarquin, era todo lo

contrario a Boris. Aunque ahora ambos estaban muertos. Y Ambrose no tenía la menor idea de qué pensaba Catherine de todo aquello. *¿Por qué no había ido? ¿Estaría también enferma?* Tantas preguntas y ninguna respuesta.

—¡Diantres! —gritó con dolor agudo al balancear el brazo demasiado rápido.

Tenía que salir de esa cama. ¡Tenía que salir de esa enfermería! El lugar era lúgubre. Cada cama tenía un hombre, pero pocos eran heridos de guerra; la mayoría había enfermado en el campamento. La fiebre roja, la llamaban, por el color que adquiría tu rostro cuando tosías como si estuvieras vaciando las entrañas. Un buen número de hombres había muerto la noche anterior y ahora sus camas estaban vacías, pero Ambrose sabía que pasaría poco tiempo antes de que otro cuerpo tembloroso yaciera en medio de esas sábanas sucias. Era un milagro que no aún no se hubiera contagiado.

Ambrose giró hasta que ambos pies se plantaron con firmeza en el suelo. Con la ayuda de una silla logró ponerse en pie con dificultad, haciendo una mueca y temblando levemente mientras concentraba más peso sobre su pierna izquierda. Estaba débil, pero el dolor era soportable; *podría* salir caminando de allí si lo intentaba. Los médicos le habían extraído la flecha de la pantorrilla y le habían cosido con esmero la herida. La mayoría de los médicos habría amputado ante una lesión así, pero los del campamento lo habían operado con cuidado, y le habían dado tratamientos a base de hierbas, licores y compresas.

Ambrose contaba con los mejores médicos: enviados por Tzsayn.

La mejor medicina: enviada por Tzsayn.

La mejor comida: enviada por Tzsayn.

Las mejores prendas y la ropa de cama y... todo.

Todo excepto una sola palabra de o sobre Catherine. ¿Estaba Tzsayn manteniéndola alejada de él? Ésa debía ser la explicación.

—Tiene buen aspecto, *sir* Ambrose.

Ambrose estaba tan inmerso en sus pensamientos que se perdió el momento en que Tanya entraba en la habitación. Miró hacia la puerta a la espera de que Catherine apareciera.

—Uno de los médicos me ha pedido que le diera esto. Para la fuerza o algo así —Tanya extendió un plato de avena y notó la dirección de la mirada del joven—. Es lo único que traigo. No hay nadie más conmigo.

Ambrose asintió, tratando de ocultar su decepción.

—Me alegro de verte, Tanya —extendió la mano para coger el cuenco, pero perdió el equilibrio y tuvo que sujetarse al respaldo de la silla para mantenerse erguido; el movimiento le causó tal molestia en el brazo que soltó un gruñido por el sorpresivo dolor. Se bajó a un lado de la cama con tanta naturalidad como pudo.

Tanya reprimió una risa.

Ambrose la fulminó con la mirada.

—¿Siempre te burlas de los heridos?

Tanya sacudió la cabeza.

—No siempre, sólo cuando su pelo es de un extraño color verde.

—Ah, es eso. Intentamos infiltrarnos entre los hombres de Farrow —comenzó a explicar, mientras se tocaba el pelo inusualmente corto, pero Tanya siguió sonriendo—. De todos modos, no se desteñirá con un lavado.

—Tendrá que teñirlo de un color diferente; ésa es la única manera —se sentó a su lado en la cama y se inclinó hacia él,

bajando el volumen de la voz—. Pero ¿cuál elegirá? ¿Blanco por la reina? ¿O azul por el rey?

—¿Azul? El anciano rey usaba el púrpura como su color. ¿No tendría que cambiar Tzsayn toda su condenada ropa y pintura corporal ahora que su padre ha muerto?

—No, los colores reales se alternan según el rey. Así que el color de Tzsayn seguirá siendo azul. Cuando él tenga un hijo, ese hijo usará el púrpura como su color, tal como el padre de Tzsayn. De todos modos, espero que usted use el blanco. ¿O no se lo pintará de ningún color?

—¿Podemos conversar sobre algo diferente al pelo?

—No estaba conversando sobre el pelo, *sir* Ambrose.

Ambrose miró a Tanya de cerca.

—¿Te ha enviado ella? ¿Por qué no ha venido personalmente?

—La reina sabe que si ella fuera vista con usted sería... desventajoso para su posición. Pero consulta su estado con los médicos todos los días.

—¿Ha sido ella la que ha enviado a los médicos? ¿No ha sido Tzsayn?

—Ella envía médicos a muchos de sus hombres, los cabezas blancas.

—Suenas como un político.

—Qué bien. Por aquí hay que ser como ellos.

—¿Y mi dama también lo es?

Tanya frunció los labios.

—Lo es. Pero la política por sí sola no ganará esta guerra. Ella necesita hombres que puedan mostrar lealtad y oponerse a Brigant... por más que hayan perdido mucho y puedan perder aún más. Necesita su apoyo, *sir* Ambrose.

—Siempre lo tendrá, Tanya. Lo sabes bien.

Tanya asintió, pero no respondió.

—¿Puedes contarme más? —preguntó Ambrose—. ¿Se encuentra bien? La última vez que la vi estaba encadenada a un carro. De hecho, la última vez que la vi me estaba arrojando una lanza... Bueno, no a mí, a Boris. Así que déjame reformular la pregunta: ¿se encuentra bien la reina? La última vez que la vi estaba a punto de matar a su hermano.

Tanya desvió la mirada un momento.

—Ya se ha recuperado de las heridas que recibió por estar encadenada al carro. Agradezco su preocupación al respecto. Su hermano era un monstruo. No creo que esté exagerando al decirlo. Y su muerte no es una carga que pese mucho en el corazón de mi señora.

Al pensar en el corazón de Catherine, Ambrose quiso saber más y se le escapó otra pregunta:

—¿Y Tzsayn? ¿Cómo está él?

—Recuperándose de sus heridas.

Ambrose arqueó una ceja.

—¿Sus heridas?

La joven parecía un tanto nerviosa cuando respondió:

—Heridas menores producto de su encarcelamiento. Pero no lo veo mucho; es un hombre ocupado. Ser rey es... un trabajo a tiempo completo.

¿Entonces Catherine se veía con Tzsayn? ¿Con qué frecuencia? ¿A diario?

Tanya parecía haber recuperado el aplomo cuando dijo:

—Seguimos en guerra, *sir* Ambrose. El rey tiene muchas responsabilidades, al igual que la reina. La posición de Catherine depende de muchas cosas, incluyéndolo a usted. Necesita su ayuda. Necesita personas a su alrededor que puedan combatir, liderar e inspirar.

—Entonces, ¿se me permite estar cerca de Catherine?
¿Puedo reunirme con ella?

Tanya sacudió la cabeza.

—No puede ser vista con usted, Ambrose, y mi señor sabe bien por qué. Si intenta verla, corre el riesgo de destruir la reputación de la reina: de destruirla a ella. Si de verdad la aprecia, y sé que así es, ella necesita su apoyo como combatiente, no como amante.

—Antes, cuando estábamos cruzando la Meseta Norte, ella quería que yo fuera ambas cosas —Ambrose habló en voz baja, dudando si debería haber mencionado eso, aunque su interlocutora fuese Tanya.

—Sí, ella me lo dijo. Y en Donnafon ambos aprovecharon cualquier momento para pasar tiempo juntos. Y por esa razón, la reina casi pierde la vida. Pero lo que ahora está en juego es mucho más grande, Ambrose. No es sólo la vida de Catherine la que pende de una balanza, también todas nuestras vidas. Ella es nuestra reina. Su honor tiene que estar por encima de todo reproche y su lealtad a Pitoria debe ser incuestionable.

—¿Y yo soy cuestionable?

—Mi señor es un buen hombre y un buen soldado, Ambrose. Y necesita demostrarlo.

—¿No lo he hecho ya?

Tanya sonrió.

—Todos debemos probarlo una y otra vez. Ahora disfrute de la comida antes de que se enfríe.